

HISTORIA GENERAL
DE FRANCIA

ESCRITA PARCIALMENTE POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

EDICIÓN PROFUSAMENTE ILUSTRADA CON REPRODUCCIONES DE CÓDICES, MAPAS, GRABADOS
Y FACSIMILES DE MANUSCRITOS IMPORTANTES

PARTE PRIMERA

HISTORIA DE FRANCIA DESDE SU ORIGEN HASTA LA REVOLUCIÓN

OBRA PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN DEL SABIO HISTORIADOR M. ERNESTO LAVISSE,
CON LA COLABORACIÓN DE BAYET, BLOCH, CARRÉ, COVILLE, PFISTER, KLEINCLAUSS, LANGLOIS, LEMONNIER, LUCHAIRE,
MARIEJOL, PETIT-DUTAILLIS, RABELLIAU, SAGNAC, VIDAL DE LA BLACHE

TOMO CUARTO

Luis XIV.—Luis XV.—Luis XVI.—Conclusión



110222

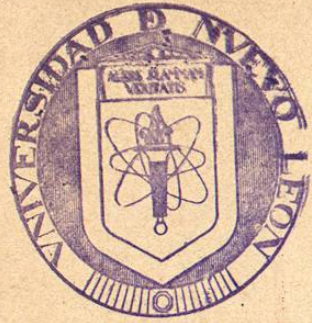
BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚM. 255

1903

17075



BIBLIOTECA

DC38
H4
V4

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DE AVEIRO



Luis XIV dando audiencia por primera vez á sus ministros, según un dibujo de Marold

LUIS XIV. LA FRONDA. EL REY. COLBERT (1643-1685)

POR E. LAVISSE, DE LA ACADEMIA FRANCESA, PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE PARÍS

LIBRO PRIMERO

EL PERÍODO DE MAZARINO (1643-1661)

CAPITULO PRIMERO

ANTES DE LA FRONDA (1643-1649) (1)

I. Establecimiento de la regencia y del cardenal Mazarino. - II. La política y la guerra hasta la paz de Westfalia. - III. Dificultad de gobernar; la fiscalización regia. - IV. El conflicto entre el Parlamento y la Corona.

I.—Establecimiento de la regencia y del cardenal Mazarino

La idea de que la reina no tardaría en ser regente y de que el duque de Orleans tendría una gran participación en el gobierno atormentaba á Luis XIII en los últimos días de su vida. No sentía cariño alguno por

(1) FUENTES: Los documentos legislativos, Edictos, Declaraciones, etc., en el t. XVII de Isambert, *Recueil général des Anciennes lois françaises*, desde 420 á 1789, París, 1823-1829, 29 vol. Respecto de esta compilación, véase Aucoc, *Les collections de la législation antérieures á 1789 et leurs lacunes*, en los «Comptes-rendus de l'Académie des Sciences morales et politiques,» del año 1883. Las memorias son muy numerosas y todas interesantes. *Mémoires* de Omer Talón, de Enrique Augusto de Lomenie, conde de Brienne, del marqués de Montglat, en la colección Michaud y Poujolat, 3.ª serie. *Mémoires* del duque de La Rochefoucauld y del cardenal de Retz en sus Obras (colección de los

TOMO IV

su esposa ni por su hermano, sabía que éstos tampoco se querían y estaba persuadido de que una y otro le veían sufrir sin sentir la menor aflicción. En el momento en que acababa de recibir los Sacramentos, oyóse en su guardarropa una carcajada; las personas que estaban en su cuarto se indignaron y el rey dijo: «No puede ser nadie más que la reina y mi hermano;» y en

«Grands écrivains de la France» publicada por la librería Hachette.) *Mémoires* de Nicolás Goulás, de Mateo Molé, de Du Plessis-Besançon, de Gourville, de Daniel de Cosnac, en las publicaciones de la «Société de l'histoire de France.» *Journal* de Oliverio Lefevre de Ormesson en la «Collection des Documents inédits sur l'histoire de France.» *Mémoires* de la señorita de Montpensier, publicadas por Cheruel, 2.ª ed., París, 1891, 4 vol.; de la señora de Motteville, publicadas por M. F. Riaux, 2.ª ed., París, 1891, 4 vol.; de Bussy-Rabutin, publicadas por Lalanne, París, 1857, 2 vol. *Lettres du cardinal Mazarin pendant son ministère*, en la «Collection des documents inédits» en curso de publicación, 8 vol. publicados. El primer tomo de las *Lettres, Instructions et Mémoires de Colbert*, publicadas por P. Clement, París, 1861-1882, 10 vol. Los *Carnets* de Mazarino, publicados en parte por Víctor Cousin en el «Journal des Savants» de septiembre de 1854 y en los números siguientes. Otros fragmentos han sido publicados por Cheruel con el título de *Les carnets de Mazarin pendant la Fronde*, en la «Revue historique,» t. IV (1877). Cheruel ha publicado, además: *Chronologie et extraits des carnets de Mazarin pendant la Fronde*, como apéndice al t. III de la *Histoire de France pendant la minorité de Louis XIV*, París, 1879-1880, 4 vol. Los do-

efecto, ellos eran (1). El convencimiento de que se regocijaban pensando en la magnífica sucesión próxima bastaba para inspirarle el deseo de desheredarlos, en cuanto creía poder hacerlo; aparte de que á ninguno de los dos juzgaba capaz de continuar la obra sería de su reinado. Así es que en una «Declaración» ordenó que la reina desempeñase la regencia y el duque la lugartenencia general; pero que los negocios fuesen examinados y resueltos «por el parecer y la autoridad de un consejo, por mayoría de votos.» El consejo había de componerse de siete miembros: la reina, Monsieur (el duque de Orleans), el príncipe de Condé y cuatro hechuras y antiguos servidores de Richelieu, á saber, el cardenal Mazarino, el canciller Seguier, el superintendente de hacienda Bouthillier y el secretario de Estado, Chavigny. De haberse realizado esto, se habrían encontrado frente á frente en el consejo dos partidos, el de la reina y de los príncipes y el de Luis XIII y de Richelieu, este último con mayoría. Luis XIII esperaba perpetuarse en compañía de su inseparable cardenal.

La Declaración fué registrada en el Parlamento, el 21 de abril, y el rey murió en 14 de mayo.

Pero la Declaración era un acto inconstitucional. Los legistas habían sentado la máxima de que la monarquía era «sucesiva,» no «hereditaria,» y «conferida al varón más próximo por la ley fundamental del Estado.» En el mismo momento en que el rey moría, el sucesor elegido por Dios de toda eternidad, recibía la plenitud de la autoridad real; y como no tenía ninguna obligación respecto del difunto, no podía estar ligado por ningún acto de éste. En caso de menor edad, el gobierno correspondía, según la costumbre, á la reina madre, bien que con una participación de los príncipes de la sangre, los cuales, por virtud de esta sangre y de su aptitud para suceder, tenían un derecho mal definido, pero considerable. Cuando esto sucedía, la autoridad real se complicaba, pero seguía siendo libre y absoluta; imponerle ministros obligatorios era violar las leyes de la monarquía.

La reina, el duque de Orleans y Condé no se entretuvieron seguramente en reflexionar sobre las máximas del derecho público y en la entrevista que celebraron decidieron hacer anular la Declaración por el Parlamento. Nada podía ser más grato á aquel tribunal que anular el testamento de un rey. El 18 de mayo la reina llevó á su hijo al Palacio; el niño, que tenía cuatro años

y ocho meses, fué conducido en brazos hasta el trono y recitó algunas palabras; la madre pronunció un corto discurso, y abierta luego la discusión, el canciller, después de haber recogido los votos, dictó el decreto por el cual el rey daba á su madre «la administración libre, absoluta y entera de los negocios de su reino durante su menor edad,» con «poderes á dicha dama para escoger personas de probidad y de experiencia, en número que juzgue á propósito para deliberar en los consejos... sin que por ello esté obligada á seguir la pluralidad de votos.» El duque de Orleans fué lugarteniente general del reino.

De suerte que el gobierno se constituyó por acuerdo de la reina, de los príncipes y del Parlamento. Sin embargo, los príncipes, que habían consentido en que la reina fuese regente por completo, esperaban que ésta les recompensaría más generosamente de lo que ella estaba dispuesto á hacerlo. En cuanto al Parlamento, Ana había hecho ante él la siguiente declaración: «Tendré gran satisfacción en utilizar vuestros consejos que os ruego deis al rey, mi hijo, y á mí, tales como los consideréis en vuestras conciencias beneficiosos al Estado.» En realidad no pensaba nada de lo que decía; pero uno de los presidentes hizo ver que daba crédito á sus palabras y pidió que se concediese al tribunal el poder discutir algunas representaciones sobre la reforma del Estado, pretensión que no admitían ni la reina ni los príncipes. Como se ve, todas aquellas inteligencias se basaban en mentiras.

La reina Ana (2) era una mujer guapa todavía, aunque caminaba ya hacia el ocaso de su existencia, pues tenía cuarenta y un años, alta, algo gruesa, con ojos y nariz grandes, boca pequeña y de un rojo subido, y el seno bien formado. «Sus manos, diestras y blancas, habían recibido las alabanzas de toda Europa.» Vestía muy bien, sin lujo, sin oro ni plata, sin afeites ni rebozo, y le gustaba agrandar y ser amada, en lo cual su esposo no la había satisfecho. «La sangre de Carlos V le daba grandeza» y bravura, esto último tanto más, cuanto que, por falta de espíritu de discernimiento, muchas veces no veía el peligro; la señora de Motteville, que la sirvió y conoció perfectamente, afirma que no distinguía las personas honradas de los tontos. La reina no sabía nada, excepción hecha de los negocios y de las intrigas de la corte; y devota á la manera española, pasábase horas enteras en su oratorio y en todas ocasiones cumplía votos, hacía donaciones á las iglesias y rezaba no-

2 vol. — 2.º Historias del período de Mazarino: A. Bazin, *Histoire de France sous le ministère du cardinal Mazarin*, París, 2.ª ed., 1846, 2 vol. Sainte-Aulaire, *Histoire de la Fronde*, nueva ed., París, 1860, 2 vol. Cheruel, *Histoire de la France pendant la minorité de Louis XIV* (citada anteriormente). *Histoire de France sous le ministère Mazarin* (1651-1661), París, 1883, 3 vol. Saint-Simon *considéré comme historien de Louis XIV* París, 1865. Duque de Aumale, los tomos 4-7 de la *Histoire des Princes de Condé*, antes citada. G. Lacour-Gayet, *L'éducation politique de Louis XIV*, París, 1898. Arvede Barine, *La Jeunesse de la Grande Mademoiselle*, París, 1902.

(1) Saint-Simon, *Parallèle des trois premiers rois Bourbons*, en el t. I, pág. 340-1 de los «*Écrits inédits de Saint-Simon*,» publicados por M. P. Faugere, París, 1880.

(2) Las Memorias y los escritos de la época están llenos de retratos suyos; los mejores, durante este período, son los que trazaron la señora de Motteville y el cardenal de Retz.

venas, dedicando el resto de su tiempo á juegos y representaciones en las que mostraba un aire de dignidad castellana templada por las costumbres de Francia. Comía y dormía mucho; acostábase á media noche ó á la una, después de los rezos y de un rato de charla, y se levantaba á las diez ó á las once. «Está tranquila, termina diciendo la señora de Motteville, y vive sin inquietud, pensando tan sólo, según el consejo del Evangelio y la opinión de los filósofos, en pasar el día.» Nadie, ni siquiera ella misma, creía que fuese capaz de gobernar el Estado después de Luis XIII y de Richelieu.

El duque de Orleans tenía treinta y cinco años y una historia pésima. Solicitado por las facciones y por el extranjero, habíase comprometido en toda clase de negocios y había hecho traición á todo el mundo. Si en su calidad de infante no hubiese estado por encima del honor mismo, no habría habido hombre más deshonrado que él. Tenía un aspecto regio, aunque desfigurado por continuas muecas; juraba, votaba y silbaba sin cesar; era inteligente, hablaba bien, con ingenio, leía mucho y «conocía las particularidades de la historia,» en la que buscaba lecciones de conducta, pero sin encontrar en ella más que razones para no hacer nada. «Los que no tienen negocios son muy felices,» decía. Por último, era perezoso y nada valiente; el cardenal de Retz decía de él que, «exceptuando el valor, tenía todo lo que es necesario á un hombre de bien.»

Enrique II de Borbón, príncipe de Condé (el Señor Príncipe, como le llamaban), contaba cincuenta y cinco años y se había enriquecido merced á su docilidad para con Richelieu, que se la había pagado con largueza; sacaba todo el provecho posible de su condición de príncipe de la sangre y se las echaba de justo y de religioso. Tampoco él era un rayo de la guerra y, por deferencia, hablando de él se decía: «El Señor Príncipe en la guerra no es afortunado.» Su primogénito, el duque de Enghien, el vencedor de Rocroi, fué, á la edad de veintidós años, el héroe de los primeros días del reinado. Tenía la cara larga y demacrada, fea la dentadura, una nariz enorme y aguleña puesta como un picacho entre dos barrancas, y cierta expresión «grande y altiva que le daba alguna semejanza con el águila.» No era hombre de corte, atildado, ni limpio, ni amable, y estaba dotado de un carácter inquieto, altanero y huraño. Sin embargo, sobre el fondo mediocre de la familia, su personalidad se destacaba vigorosamente. Su hermano Armando, príncipe de Conti, ocho años más joven que él, tenía «el cuerpo averiado» y no era, por consiguiente, bueno para el servicio del rey, por lo que, siguiendo la costumbre, se le destinaba al servicio de Dios.

El duque de Vendome, el hijo legitimado de Enrique IV y de Gabriela, tenía cuarenta y nueve años y era un ser insignificante; al príncipe de Condé se le atribuía la siguiente frase: «Yo soy un mandria, pero ese bugre de Vendome aun lo es más que yo.» Vendome tenía dos hijos, el duque de Mercœur y el duque de Beaufort; éste era una cabeza vacía, pero hermosa, y su rostro «hacía creer que tenía algo grande en el alma.» Se presentaba como galanteador de la reina, la cual, como gustaba de las caras guapas, no se enfadaba por ello; y buscaba las originalidades fáciles, como por

ejemplo la de hablar el lenguaje de los mozos de cordel.

En una palabra, no había en la familia real nadie capaz de gobernar el Estado.

El limosnero mayor de la reina, Agustín Potier, obispo de Beauvais, ofrecíase discretamente para desempeñar el ministerio; era par del reino y estaba emparentado con poderosas familias parlamentarias; sus amigos decían que era sencillo y dócil y el cardenal de Retz le calificaba de «bestia mitrada, el más idiota de los idiotas.» Pero su misma mediocridad le hacía agradable á gentes que habían sido demasiado gobernadas y que ya no querían serlo poco ni mucho. La reina le había encargado, después de la muerte del rey, que negociara con el Parlamento; pero cuando había comenzado á trabajar en esta misión, supo, como todo el mundo, que el cardenal Mazarino continuaba en el puesto de primer ministro.

Mazarino (1), hijo de Pedro Mazarino, mayordomo de una noble familia italiana, había ejercido todas las profesiones, habiendo sido estudiante en ambos derechos, capitán del ejército pontificio, cliente de sobrinos de papa, diplomático, canónigo de San Juan de Letrán, vicelegado de Avignón y legado cerca de la corte de Francia. Richelieu le había hecho cardenal y Luis XIII primer ministro, y había debido su fortuna á su habilidad para encontrar combinaciones, á su conocimiento de los asuntos italianos, tan importantes en aquel entonces, y á los servicios que en este concepto prestó á Richelieu; pero la debió también á una de esas flexibilidades que se deslizan entre los obstáculos sin que se las vea pasar, á su graciosa sonrisa del Mediodía, á su buen humor que regocijó á los dos moribundos tristes, el rey y el cardenal, y al arte de hacerse igualmente grato á personas que no se querían, como el rey y la reina. Así, había ayudado á Luis XIII á escribir la Declaración y había hecho saber á la reina que no tendría más voluntad que la suya. Finalmente, aparentaba no interesarse por nada, ser persona sin importancia y estar siempre dispuesto á hacer su equipaje para regresar á Roma.

La reina tenía poderosas razones para confiarse á él.

Desde los primeros momentos, temió Ana verse envuelta en dificultades. Apenas hubo expirado su esposo, había ido á arrodillarse ante su hijo, cuya cámara estaba llena de gente mientras el muerto yacía en la soledad. La reina rogó á Beaufort que hiciera salir de allí á todo el mundo, y cuando el duque llegó delante del príncipe de Condé, éste le dijo que no había de recibir órdenes de él, á lo que Beaufort replicó que obraba por mandato de la reina y que sabría hacerlo respetar. Fué preciso calmar aquella disputa que se iniciaba entre las casas de Condé y de Vendome, por haber querido Ana darse tono. Esta, que había vivido en medio de intrigas, las temía y las veía venir, y necesitaba un servidor que no estuviera afiliado á ninguno de los partidos de la corte, que fuese enteramente suyo y no ofuscarse á nadie. Por otra parte, Francia estaba empeñada en una gran guerra y era menester, por consiguiente, que ese ministro estuviese al corriente de los asuntos.

(1) Para la biografía de Mazarino, véase el apéndice I del tomo I de la *Histoire de France pendant la minorité de Louis XIV* de Cheruel, pág. 351 y sig.